

CATARSIS

CATARSIS

Aitor San José

©2024. Aitor San José.

aitorsanjose.com

De esta edición:

©2024. Aitor San José.

Todos los derechos reservados.

Imágenes de la cubierta: Shutterstock®

Diseño de la cubierta y edición: Republican Kings®

Fotografía del autor: Ángel Barrera.

ISBN: 9798332316784

Sello: Independently Published

Edición exclusiva para venta y distribución en Amazon®

Primera edición: Julio de 2024

Impreso por Amazon — *Printed by Amazon*

Todos los personajes de este libro son inventados y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Los sucesos narrados en esta novela, así como las agrupaciones u organizaciones descritas son inventadas.

La narrativa de este libro es ficcional y no pretende ser tomado como fuente histórica de ninguno de los eventos que se relatan en él.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Para Estela.
Porque entre los escombros de mis ruinas,
construiste la más bella de las ciudades.

Prólogo

A medida que su respiración se hacía cada vez menos profunda, empezaba a sentirse cada vez más estúpida por la cantidad de malas decisiones que había tomado esa noche.

«Somos el resultado de nuestras decisiones», se repetía una y otra vez.

Por algún motivo, aquella frase había llegado de repente a su cabeza sin que estuviera del todo segura de dónde habría salido. Puede que solo fuera un truco de su mente para evadirse de la paranoia que sentía desde hacía algo más de cinco minutos, que para entonces se le antojaban como los cinco minutos más largos de su vida. Algún tipo de mecanismo de defensa que le imploraba centrarse y empezar a decidir bien. O quizás no buscara evadirla, sino gritarle enfurecida: «¿Por qué no me has hecho caso, Irene?».

Ya daba igual.

Por mucho que llevara tiempo intentando mantener el control, era consciente de que había empezado a perderlo.

Al principio fue solo una pequeña sensación; un escalofrío que sirvió para erizarle el vello y hacerle incluso caminar más rápido. Después, los ojos —vidriosos—, como si llorar fuera a sacarla de allí. Luego llegó el pulso, acelerado. Tanto que no llegaba a distinguir si aquel «pum-pum» cada vez más rápido y sonoro provenía del golpe de sus tacones contra el asfalto o si era su corazón, que amenazaba con explotar en cualquier momento.

Era consciente de las malas decisiones que le habían llevado hasta allí. La primera, sin lugar a dudas, haberse dejado arrastrar hasta aquella cita a ciegas que no había hecho más que hacerla sentirse patética.

«Prométeme que sabrás salir adelante» recordaba que le había dicho su madre antes de que la vida se escapara de aquel cuerpo hecho ya trizas por un cáncer contra el que llevaba años luchando. Y lo hizo. Vaya que si lo hizo. De la noche a la mañana el mundo de Irene Ahlers había cambiado drásticamente.

Ni su ático en pleno Paseo de Gracia era ya un hogar, ni su trabajo, «el sueño de cualquier persona», como solían recordarle, era ya algo que valiera la pena. El periodismo de investigación,

o tal vez era el periodismo en general, no estaba en su mejor momento y «Mundo», la cabecera en la que había trabajado desde los veinte años, había pasado de destapar corrupciones en el seno de ONGs internacionales, o de mostrar la vida de una sociedad callada en dictaduras africanas a publicar artículos insustanciales llenos de censura por miedo a que las querellas judiciales trajeran multas que ya no pudieran pagar.

Carlos, editor jefe de la revista por las mañanas y amante apasionado en las noches en las que encontraba cualquier excusa para no dormir junto a su mujer, se había convertido más en un obstáculo que un entretenimiento.

No es que ella hubiera cambiado, o al menos eso solía decirse, pero la muerte de su madre sí que le había hecho cambiar sus prioridades. Y en aquella nueva visión de lo que se había convertido su vida, Irene ya no encontraba sitio para sí misma.

Tampoco es que hubiera decidido huir, o al menos de eso intentaba convencerse, pero en algún punto, lo de poner distancia de por medio había pasado de ser solo una idea a convertirse en todo un plan.

Hacía ya algo más de cinco años de aquello y, para aquel entonces, Irene Ahlers había conseguido crear, mantener y consolidar una local pero solvente agencia de comunicación enfocada a representar, promocionar y apoyar a artistas y creadores de la Málaga que había elegido para volver a empezar. Con una oficina de techos altos y señoriales en el Soho, el barrio que artificialmente buscaba convertirse en el núcleo de las artes y la cultura de la ciudad, Irene Ahlers había conseguido establecer una vida de la que, incluso con sus altibajos, se sentía dueña.

En aquel momento, sin embargo, ya no se sentía dueña absolutamente de nada.

Había perdido la cuenta de las veces que se había maldecido por aquella noche.

Maldijo que los zapatos hubieran dejado de dolerle y que los veinte minutos que calculaba tardar hasta su apartamento no le hubieran parecido una travesía complicada. Maldijo recorrer la calle Vendeja sola a esas horas y se maldijo por esa mezcla de orgullo y soberbia que la habían llevado hasta allí.

Sintió calma. La clase de calma capaz de acallar sus pensamientos, aunque solo fuera por unos segundos. Después, la calma se convirtió en miedo, o quizás, más que miedo, era algo más parecido a la inquietud. La extraña sensación de que hacía ya tiempo que alguien la seguía de cerca.

«Tranquila, Irene. Demasiado drama por hoy», se repetía. Pero una parte de ella era incapaz de borrar aquella sensación de su cabeza. Por un momento pensó en doblar la esquina y cambiar de calle en busca de alguien que pudiera ayudarla. Sabía que era absurdo. A pesar del interés de los organismos municipales por poner el barrio en auge, aún faltaban bastantes años hasta que el comercio y el ocio se instalaran en una zona otrora ocupada por prostíbulos y locales de dudosa moralidad. Y hasta que eso llegara, las calles del Soho dibujaban por la noche un desierto urbano habitado solo por maullidos de gatos callejeros y el ruido de cristales rompiéndose provenientes de cualquier reyerta entre borrachos.

Pensó en correr, pero sabía que solo conseguiría cansarse antes. Un lujo, el de perder las fuerzas, que no se podía permitir.

Sentía que su corazón estaba al borde del colapso y notó que empezaba a llorar. De impotencia, tal vez. O quizás de miedo. «Ya sí que no queda nada, Irene», se dijo al vislumbrar uno de sus edificios preferidos de la ciudad. El CAC, el Museo de Arte Contemporáneo.

No era precisamente la belleza del edificio, que era más bien una mole de color crema totalmente sobria sin ningún ornamento decorativo, pero a Irene siempre le había encantado la magia que rodeaba el entorno.

Frontera entre la Málaga monumental, céntrica y vívida, y una más funcional, el CAC creaba un espacio único a orillas de un río Guadalmedina que en ese punto fluía seco alrededor de un paseo fluvial decorado con *grafittis* de artistas experimentados en el noble arte de convertir en belleza lo que años atrás se habría considerado vandalismo.

«Lo estás consiguiendo», se decía.

Y por primera vez, protegida por la falsa sensación de seguridad que le aportaban las luces de las farolas, reunió todo

el valor que le fue posible en aquellas circunstancias y se atrevió a darse la vuelta y mirar atrás.

Tardó apenas un par de segundos en reconocer a quien había estado detrás de ella durante todo el camino y, por un momento, sintió una extraña mezcla de paz, por sentirse a salvo, y furia, por haberla hecho sentirse así.

—Me has dado un susto de muerte, imbécil. ¿Por qué coño me estabas siguiendo? —le gritó enfadada.

Aquella, sin lugar a dudas, y como estaría a punto de comprobar, fue la peor decisión de toda la noche.

Al principio sintió calor. Después, frío. La sangre brotaba a borbotones de su estómago tiñendo su vestido de un desagradable y húmedo color oscuro.

Tardó algunos segundos en asimilar lo que acababa de pasar. Y por mucho que creyera que todo estaba ocurriendo muy rápido, Irene alcanzó a entender que sus próximas decisiones iban a marcar la diferencia entre vivir o morir.

Aterrada, confusa y herida corrió en dirección a cualquier sitio en el que pudiera encontrarse con gente. Aturdida y mareada por la cantidad de sangre que imaginó estar perdiendo, divisó la señal del aparcamiento subterráneo de El Perchel.

Solo un puente la separaba de su destino. Solo tenía que cruzarlo. Solo tenía que correr y pedir ayuda. Solo...

Solo un poco más.

—¡Ayuda! —se atrevió a gritar.— ¿Me oye alguien? —repitió.— ¡Ayuda, por favor!

En realidad, sabía que era inútil.

Notó cómo una corriente de aire frío atravesaba todo su cuerpo y, para cuando llegó a los escalones del puente, su cuerpo se decidió a abandonarla.

El golpe contra el suelo no le dolió. O si lo hizo, por lo menos ella no llegó a sentirlo. Alzó la mirada con la última esperanza de que alguien pasara por allí en el último momento y la sacara de aquella pesadilla.

Pero en ese lugar, tumbada sobre el puente de El Perchel, los murales de Obey y D*Face sobre la fachada del colegio García Lorca parecían ser los únicos testigos de lo que estaba a punto de ocurrir. Dos murales que habían servido para afianzar la apuesta de la ciudad por el arte urbano. Dos creaciones únicas que habían puesto a la ciudad en el objetivo de convertirse en la meca del *Street Art*.

Uno de ellos, el del francés D*Face mostraba la cara de una especie de híbrido entre un astronauta y un robot con los ojos de colores distintos. El otro, el de Obey, entre las palabras «paz» y «libertad», el torso de una mujer —su mujer, de hecho— parecía observar impasible la ciudad desde las alturas. Se emocionó cuando en décimas de segundo recordó que Obey era también el artista que creó los carteles electorales de Obama. Un Obama azul y rojo sobre el que rezaba el que había sido el grito para miles de ciudadanos que vieron en él un símbolo del cambio.

«Hope». Esperanza.

Y la esperanza, precisamente, era lo que Irene Ahlers terminaba por abandonar aquella noche mientras su Málaga se oscurecía y su mundo se volvía negro.

La caza había terminado.

Ella había perdido.

I

Llovía. Bastante más de lo que lo había hecho los días anteriores, a decir verdad. De pie, en medio de la densa capa de soledad en la que había convertido su vida, Andrés reposaba su segunda, o quizás tercera copa de vino sobre una caja de cartón que hacía las veces de mesa auxiliar frente al enorme ventanal panorámico del ático reconvertido en *loft* que una vez, hacía ya mucho tiempo, se había prometido convertir en el mejor lugar del mundo.

Miró su reflejo en la ventana. Las pequeñas arrugas a los bordes de sus ojos llevaban tiempo amenazando con convertirse en surcos más profundos. Se atusó el pelo y aunque no reparó con detalle, se preguntó si aquellas entradas habían estado ahí durante todos esos años o si eran otro rasgo más del efecto que parecía estar teniendo el tiempo sobre él.

Se fijó en las gotas que caían sobre el cristal y la sinuosa trayectoria que recorrían hasta llegar al suelo, donde terminaba por perderlas de vista. Exhaló sobre la ventana creando un pequeño círculo de vaho y llevó el dedo índice hacia la parte superior para seguir con él el trayecto de una de las gotas. Había leído por algún lado que el agua tenía la habilidad física de encontrar siempre el recorrido que le impusiera una menor resistencia. «Cuánto nos queda por aprender», pensó.

Limpió el cristal con el puño de su jersey. Un suéter gris de punto de lana gruesa que había parecido resistir al paso del tiempo con relativa dignidad. Al hacerlo, su mirada se fijó en una pareja que se besaba apasionadamente bajo la lluvia en el centro del *Zubizuri*, el puente blanco que Calatrava había erigido en la ciudad hacía ya bastante tiempo. Una época en la que Bilbao había iniciado la transformación que la había llevado de ser una ciudad gris, oscura e industrial a convertirse en toda una urbe de diseño, arte e innovación.

Extendió la copa hacia la ventana con el objetivo de brindar con su propio reflejo.

«Por el amor», gritó antes de vaciar las últimas gotas de la copa sin importarle el gusto metálico del último sorbo.

Miró el reloj: apenas las cinco de la mañana.

Se debatió entre servirse otra copa o dejarla sobre la encimera e intentar dormir algo. A decir verdad, ninguna de las dos opciones le motivaban en exceso.

De camino a la cocina no pudo evitar fijarse en la zona que hubiera ocupado su salón, que entonces no era sino un espacio inerte, frío y desolador por mucho que supusiera el último grito en diseño industrial escandinavo. Ni el fuego más abrasador habría sido capaz de calentar aquel ambiente, de eso estaba seguro. Los muebles seguían envueltos en plásticos. Los libros y enseres, en cajas. Solamente una mesa ocupaba el espacio. «Esa puta mesa». A caballo entre una escultura de mal gusto y un mobiliario escasamente funcional, la mesa del salón era lo único que habían desembalado cuando hacía entonces algunos años habían decidido mudarse allí. En días como aquellos, Andrés se seguía preguntando por qué había dejado que pasara. Seguir viviendo allí era una tortura que estaba acabando con él. Pero cada vez que se decidía a dejarlo todo de lado y buscar otro lugar en el volver a empezar, la tristeza se apoderaba de él. Sabía que era todo lo que le quedaba de todo aquello, el eco de todo lo que pudo haber sido y que terminó por no ser.

Sintió rabia. La clase de rabia injustificada resultado de la falta de aceptar que la vida seguía ahí fuera, por mucho que él hubiera intentado detener el paso de la suya.

Agarró la copa con fuerza y la tiró contra la pared observando impasible cómo estallaba en pequeños cristales que, como las gotas de la ventana, terminaban por caer sobre el suelo.

Se encendió un cigarro. Algún día debería dejarlo, de eso también estaba seguro.

Volvió a mirar a través de la ventana.

La pareja ya se había ido.

—¿Qué tenemos? —comentó en el tono más imperativo que pudo encontrar mientras pasaba por debajo del cordón policial.

—Mujer. Treinta y ocho años. Natural de Barcelona. Empadronada por aquí cerca, al menos según su documentación. Irene... espérate que lo mire... A-a-less. Bueno, algo así— respondió resultando sonar lo más profesional posible.

Laura Herrera, subinspectora de la brigada de homicidios de la comisaría de Málaga, espetaba los datos de carrerilla. Sabía que cualquier pausa era suficiente para que Prados saliera con alguna de las suyas.

—¿Qué sabemos de ella? —le interrumpió.

En su línea, Antonio Prados parecía vivir carente de tiempo y cualquier atisbo de andarse con rodeos era para él síntoma de inseguridad, «ergo, improductividad, ergo irresponsabilidad», como repetía siempre, previsible.

—Aún nada —respondió la subinspectora—. Pero los de identificación ya están con ello. No creo que tarden mucho.

—¿Cómo ha sido?

—Aún es pronto pero creemos...

—¿Creemos? —interrumpió mientras se detenía en seco.

—Valoramos —siguió Herrera invitándole a proseguir la marcha y evitando que Prados se recreara en su corrección.

Estaba claro que aquel día Prados no se había levantado con buen pie.

—Valoramos —continuó— que pueda ser un robo que salió mal. Hay un rastro de sangre por ahí así que mucho me temo que no fue rápido. Yo acabo de llegar, todavía no he visto nada.

Le ofreció un café para llevar que había comprado en una cafetería debajo de su casa.

—¿Qué *americanada* es esta, Herrera? ¿Café en una escena del crimen?

—¡Déjala ya, Prados!

Cristina Domínguez irrumpió en la conversación aceptando el café de la subinspectora.

La Domínguez, como le llamaban en la comisaría, era de las pocas personas que sabían mantener a raya al inspector.

Las malas lenguas hablaban incluso de que habían estado liados. Aunque le parecía gracioso, Laura no podía imaginar que alguien pudiera ver algo atractivo en él.

—Todo oídos, Domínguez —se limitó a responder el inspector mientras negaba con la cabeza. Lo de comer o beber en una escena del crimen era una de las tantas cosas que lo sacaban de quicio.

—Yo descartaría la agresión sexual —siguió Domínguez dándoles la espalda e invitándoles a que la siguieran—. Aunque habrá que esperar a las pruebas, ya sabes, por el protocolo y todo eso. A priori las causas están claras. Te adelanto, y no te enfades si me meto en tu terreno, que no falta la cartera, ni las llaves de casa. Lleva joyas, todas buenas, así que te sugiero que te olvides del robo como móvil —siguió mirando de reojo a Herrera.

—¿Causa de la muerte? —interrumpió Prados.

—En principio, heridas de arma blanca. Presenta una puñalada en el abdomen y aunque debió de perder mucha sangre, tiene pinta de que lo mortal debió ser lo otro... Presenta un desgarramiento motivado del seccionamiento... —se quedó en silencio al observar el rostro de Prados. Sabía que cualquier tipo de explicación anatómica con él era inútil—. En resumen —volvió—, le han cortado el cuello. Todo esto es demasiado raro.

La subinspectora sintió un escalofrío. A pesar de sentir una verdadera fascinación por su trabajo, le resultaba imposible evitar las arcadas cada vez que escuchaba los detalles de un asesinato.

—Un hombre se encuentra con una mujer en un puente. El hombre intenta agredirla. Ella se defiende. Él, que es más fuerte, puede con ella y después de forcejear, termina asentándole las puñaladas. Ser, es trágico, pero de raro no tiene un pelo, Domínguez —puntualizó Prados.

—Quieto, *Sherlock* —se apresuró a añadir la forense—. Que aún no lo has visto todo —añadió.

Cristina dejó atrás la escultura del *Moving Man* de Stephan Balkenhol que imitaba la imagen de un hombre retorcido en un gesto imposible que simulaba mirar a la entrada del museo. Prados no era precisamente un amante del arte contemporáneo y en aquella mañana en la que el sol parecía estar tardando en salir, la escultura le puso el vello de punta.

Se detuvo a pocos metros de las escaleras del puente y señaló un recorrido de asfalto húmedo que se prolongaba hasta el puente. Los dos agentes supieron reconocer la sangre.

—Joder —repitió Prados.

—¿Te sorprende? Pues prepárate porque eso no es nada —continuó Domínguez—. Venid conmigo.

Los agentes siguieron a la forense sin apartar la mirada del reguero de sangre que se hacía más y más denso. Se hicieron paso entre una exagerada multitud de técnicos que fotografiaban cada detalle de la escena y Prados fingió toser con el objetivo de anunciar su llegada. Un gesto que surgió efecto haciendo que todos ellos se apartaran dejando a relucir el cadáver de la mujer.

La puñalada en el abdomen había teñido el vestido de color marfil de la víctima con el inconfundible tono rojizo y metálico de la sangre. Pero lo desagradable vino después. Más arriba, en el cuello, la subinspectora llegó a intuir capas de tejido muscular que sobresalían por un profundo corte en la garganta. Se arrepintió de inmediato de no haberse presentado en la escena con el estómago vacío.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Prados

—Ya os he dicho que esto era raro.

Herrera se esforzó en volver a mirar el cadáver. Sobre los ojos de la víctima reposaban dos piezas metálicas, de un color plata mate ennegrecido como por el paso del tiempo.

—¿De qué va todo esto? —se atrevió a preguntar la subinspectora.

—Ni la más remota idea, inspectores. Pero a simple vista parecen monedas —respondió la forense.

—¿Monedas? ¿De dinero?

—Sí, Prados. Monedas de dinero —respondió haciendo caso omiso de la obviedad.

Prados y Herrera se miraron el uno al otro evitando ser la primera persona en hablar.

—Esto cambia bastante las cosas —le planteó finalmente la subinspectora a su superior.

—No, Herrera —contestó Prados sin poder apartar la vista del cadáver—. Esto lo cambia absolutamente todo.

La cabeza le iba a reventar. Lo había sentido antes pero no de una manera tan fuerte. «Nunca más vuelvo a beber. En mi vida». Había perdido la cuenta de las veces que había dicho eso desde su adolescencia. «Esta vez va en serio», se excusaba, como si todas la veces que se lo había jurado antes le otorgaran algún mínimo de credibilidad.

Aquel sábado en el que el sol amenazaba con competir con el calor de los meses centrales del año, Julia Ribera se revolcaba entre las sábanas de su dormitorio, encajado con calzador en los cuarenta metros cuadrados que configuraban el claustrofóbico espacio al que ya se había resignado a llamar apartamento. No recordaba que tuviera ningún plan que superara al placer de quedarse en pijama viendo cualquier serie que encontrara por Netflix. Eso si no le habían pillado ya pirateándolo, porque entonces tendría que recurrir a cualquier web de esas con anuncios porno alrededor de la pantalla.

Las náuseas y el martilleo constante en su cabeza, unidos a los rayos de luz que entraban en la habitación a través de las persianas, le habían obligado a despertarse un par de horas antes de lo previsto. Sabía que le costaría horrores volverse a dormir.

«Baño primero, cocina después», se ordenaba mientras vagaba mentalmente por su cocina en busca de algún ibuprofeno suelto entre los cajones. No le dio tiempo a llegar cuando la estridente melodía que tenía por tono de llamada en su móvil rebotó contra las paredes de aquel minúsculo espacio.

—Buenos días, Diego— saludó.

—¿Te pilló bien? —se limitó a responder.

—Perfectamente. ¿Va todo bien?

Se arrepintió al momento. Claro que algo no iba bien. ¿Por qué iba a llamarla si no un sábado por la mañana?

—Para nosotros sí. Para quien no va tan bien es para una mujer que acaban de encontrar muerta en el Puente del Perchel. Necesito que vayas y te enteres de qué ha pasado. No me da tiempo a llegar y no creo que sea gran cosa —le ordenó.

Diego Beltrán unificaba en una sola persona las dudosas virtudes de la egolatría, la vanidad y la soberbia, todo

ello a partes iguales. Redactor jefe en «Diario Málaga» desde hacía unos veinticinco años, el ascenso meteórico de su carrera respondía más a su apellido que a sus cuestionables procesos periodísticos. Pero la realidad era la que era y Diego Beltrán era una de esas personas elevadas a celebridad en las fiestas y eventos de la sociedad malagueña. Su opinión hacia su cuestionable profesionalidad eran *vox populi* en una Málaga que prefería callar y seguir idolatrando al pequeño de los Beltrán, todo un estamento en una ciudad que, aunque cada vez más moderna, no se molestaba en ocultar cierto ramalazo endogámico. Y en ella, los Beltrán, abogados anclados en una época en el que los juristas recibían el mismo trato que curas y maestros, formaban parte del Olimpo social.

—*Okay*. Estoy allí en media hora —respondió resignada. Sabía que Diego vivía cerca del puente. Al parecer no estaba por la labor de truncar sus planes de fin de semana.

—Demasiado. Te necesito allí ya. Si estás en pijama, mala suerte. ¿Regla número uno del periodismo? —le dijo con tono burlón.

—La noticia no espera. A la noticia se le espera —respondió Julia replicando la cantinela que Diego debía considerar graciosa, a juzgar por todas las veces que la sacaba a colación cada vez que lo estimaba oportuno—. «Ve y tráeme algo que podamos publicar lo antes posible en la web.» ¿Me equivoco?

Colgó sin despedirse.

Julia se arrastró como pudo hasta la ducha y en diez minutos estaba saliendo de su casa, con la mejor de sus sonrisas sobre una capa de maquillaje tan espesa como sus capacidades de enfrentarse a un artículo aquella mañana.

Nada más salir del portal en la Plaza de Uncibay la realidad la golpeó de frente. Tal y como habían dicho en el espacio del tiempo, la jornada apuntaba a convertirse en una de las más calurosas del año y los elevados índices de humedad en la ciudad le hicieron preguntarse si ducharse había merecido la pena.

A Julia lo de vivir en el centro era lo que más le gustaba de aquella aventura que había iniciado ya algunos años atrás. A decir verdad, lo de acabar como redactora en Diario Málaga nunca había estado entre sus planes.

Como toda joven universitaria que algún día fue, había soñado con convertirse en toda una estrella internacional. Una de esas periodistas que pasaban por grandes cabeceras y terminaban publicando libros y dando conferencias. Recordaba que había aceptado las prácticas en el periódico local casi a regañadientes y con la única intención de demostrarle a su padre que no había decidido dedicarse a, como él la definía, una profesión en extinción de la que no se podía comer.

Jamás pensó que aquella etapa durara más de tres meses. Diario Málaga tenía la fama de cubrir sus vacantes con becarios que reciclaban cada trimestre a los que pasado el periodo de prueba terminaban por darles la oportunidad de seguir publicando en calidad de *freelance*. Un término de lo más pretencioso que no servía más que para definir a falsos autónomos a los que el diario exprimía hasta las entrañas. El de ella había sido un caso peculiar, eso lo sabía, porque era de las pocas personas que habían conseguido lo que los redactores más veteranos llamaban «un contrato unicornio». Un contrato fijo que apenas cumplía con la ley del salario mínimo pero que le garantizaba una nómina más o menos estable a final de mes. La realidad terminó por imponerse a su ambición y Julia acabó aceptando el puesto a pesar de que su salario solo le permitiera vivir en aquel cuchitril del que estaba segura que en otra época no debió ser más que un trastero.

Perdida en sus pensamientos, atravesó la Calle Molina Lario a su paso por la Catedral de la Encarnación. La *manquita*, como se referían a ella los locales, era un monumento singular que sintetizaba dos estilos arquitectónicos, el gótico y el renacentista, y que ostentaba con orgullo el hecho de ser la segunda catedral con bóvedas más altas del país, solo superada por la de Mallorca. A pesar de que la construcción se diera por culminada en el 1782, la catedral seguía siendo un edificio inacabado. A falta de una balustrada en la parte superior y una serie de elementos decorativos, el sobrenombre de *la manquita* se hacía evidente por la falta una segunda torre que el arquitecto Diego de Siloé había proyectado para la construcción.

Julia sonreía al escuchar aquellos datos a una guía que fingía un tono como sacado de la voz en *off* del trailer de una

película. Datos que ella ya conocía, herencia de su época de estudiante de Historia, aunque solo fuera por un curso. Lo de elegir carreras que no la fueran a hacer rica iba en su ADN. Eso también se lo decía su padre.

Aligeró el ritmo y atravesó la ciudad esquivando los turistas que se agrupaban en distintos puntos de la capital hasta que llegó al mercado de Atarazanas, uno de los pocos mercados de abastos que se resistían a teñirse, al menos por completo, de un tinte alternativo entre *indie* y *hipster* por mucho que los bares de tapas que ya empezaban a proliferar en la zona de entrada estaban llenos aunque apenas fueran las once y media de la mañana.

Tras atravesar aquella arteria en colapso se apresuró para llegar, por fin, a la ribera del Guadalmedina.

—Qué horror. Qué cosa más horrible —se decían la una a la otra dos mujeres con las que estuvo a punto de chocar.

—Me ha quitado hasta el hambre, Charo. Qué mal, qué mal —decía la otra sacudiendo exageradamente la cabeza—. El mundo está loco, Charo. ¡Loco!

Aceleró sus pasos. A juzgar por el tono de las señoras y del grupo de personas que se acumulaban a las puertas del CAC, demasiado amplio para ser un grupo de turistas, lo que fuera que había ocurrido allí tenía todas las papeletas para convertirse en algo más grande que lo que Diego le había dejado intuir.

Esa mañana de sábado, el entorno del CAC se asemejaba más a la alfombra roja del Teatro Cervantes durante el Festival de Cine que a un grupo de turistas queriendo visitar un museo que, aunque gratuito, no escatimaba en contar con la obra de los artistas de mayor renombre del arte internacional. Solo había algo con la fuerza capaz de eclipsar el fenómeno fan del festival: la atracción impulsiva que siente la raza humana hacia lo morboso. «El efecto mirón», recordaba haber leído alguna vez que se llamaba aunque hubiera sido más honesto llamarle «el efecto cotilla».

Ser delgada y no muy alta le permitió inmiscuirse entre la oleada de mirones y curiosos que se agrupaban bajo la «Sombra Azul», una de las esculturas que daban la bienvenida a los visitantes del museo y bajo la que se había establecido el cordón policial.

—¿Julia? ¡Julia! ¡Corre, ven! Aquí ha pasado algo gordo...

Reconoció enseguida la voz de Rebeca. Redactora en

«Tribuna», el periódico local competidor, Rebeca Montalvo era algo así como su homóloga en la competencia. Compartir mil y una noches de militancia en la puerta de los juzgados de Teatinos para cubrir los innumerables casos de corrupción que habían azotado últimamente a la provincia les había hecho entablar lo más parecido a una relación de amistad. Lo de la guerra de cabeceras, se decían, era cosa de sus jefes.

—¿Sabemos qué ha pasado? —le preguntó cuando llegó por fin a su lado. Se alegró de ver a una cara conocida.

—¡Qué va! Todavía no nos han dicho ni *mijita*. Pero algo gordo, Julia. Al parecer han asesinado a una mujer en el puente. Pero algo más tiene que haber porque la científica lleva un buen rato haciendo fotos y analizándolo todo. Llevo aquí un par de horas. Me lo ha chivado *El Loren*, ¿sabes?

El Loren, Lorenzo Carnero, era toda una institución en Málaga. Julia siempre bromeaba con que la agenda del móvil de Lorenzo incluía el contacto de más peces gordos que incluso la del alcalde. Director de una agencia de noticias de la ciudad, Carnero era una de esas personas cuya cabeza iba a mil revoluciones por encima de la de cualquier mortal y que, cámara en mano, estaba presente en cualquier suceso de cualquier índole en la ciudad. Si Lorenzo Carnero no estaba en un escenario concreto era porque lo que pudiera estar ocurriendo carecía de interés. Ahora, si Lorenzo indicaba que algo era mínimamente noticiable, acababa por convertirse en el bombazo informativo del día. Proveedor de reportajes gráficos para todos los medios de la ciudad, *El Loren* tenía también el don de ser omnipresente. Aunque fuera un misterio, siempre se las apañaba para llegar a todos los sucesos que ocurrieran en cualquier punto de la ciudad.

—Vaya...— intervino Julia—. A mí me ha mandado aquí Diego, pero yo creo que no tenía mucha información, la verdad es que yo no sé nada.

—Bueno, *chiqui*. El día que Diego se entere de algo habrá que empezar a preocuparse—bromeó.

No era el estilo de Julia ir por la vida mordiendo la mano que le daba de comer, pero lo cierto era que con Rebeca, aunque representaran la noche y el día de la profesión, había compartido

muchas horas en común y les había dado cierto grado de confianza. Ambas con la misma edad; ambas con el mismo sueldo precario.

—Lo que me extraña es que te haya mandado a sucesos. Julia se encogió de hombros.

—Querrá ponerme a prueba, supongo. Pero no sé ni por dónde empezar—se sinceró.

—Tranquila. Yo te cubro. Lo único que te tiene que importar es ese personaje que viene por ahí. Ese es Prados —continuó Rebeca poniendo los ojos en blanco—. Es el inspector de homicidios. Un impresentable, por cierto. He coincidido con él antes... No te digo *ná* y te lo digo *tó*.

Julia intentó enfocar la mirada en el señor que se acercaba al cordón policial. Vestido con un pantalón chino de color marrón que debía ser por lo menos dos tallas más grande y una camisa de color blanco roto que en otra época debió de ser im-poluta y nuclear, el inspector Prados era una de esas personas de edad incierta. Demasiado bien conservado para tener sesenta, demasiado cascado para tener cincuenta. De pelo desaliñado a partes moreno y a otras cano, el inspector destacaba por sus marcadas facciones sobre una piel curtida que jamás habían estado cerca de cualquier tratamiento hidratante. Las gafas de sol, modelo aviador verde y dorado, impedían que pudiera ver sus ojos, que se imaginó con ojeras y bolsas pronunciadas.

—Aquí no hay nada que ver, señores —gritó desde el otro lado del cordón—. Les pido que vayan por donde han venido y sigan con sus cosas. ¡Venga! —insistió mientras a Julia le daba la sensación de que aquel tono era más propio de un ganadero hablando con cabras que la de un inspector de la Policía hablando con los ciudadanos.

—Inspector Prados —gritó Rebeca—. Aquí, aquí —insistía mientras agitaba los brazos en el aire—. ¿Nos puede decir qué ha ocurrido? ¿Se trata de una violación? ¿Quién es la víctima? ¿Ha sido muy sangriento? ¿La han descuartizado?

Julia detestaba con todas sus fuerzas el tono sensacionalista que Rebeca utilizaba en cualquier situación. «Órdenes directas», se había excusado en alguna ocasión. Y es que Tribuna era uno de esos diarios a los que le encantaba abrir portadas con fotos a toda página y titulares estridentes.

—No hay comentarios —concluyó Prados—. Es una investigación preliminar y no podemos ni afirmar ni desmentir nada. Y ahora fuera, que aquí estamos trabajando—terminó.

—Claro, Prados —añadió Rebeca—. Tú estás trabajando. No como yo que estoy aquí haciendo cola para la charcutería, no te jode.

Julia supuso que el inspector y su compañera debían ser viejos conocidos.

—Si tenemos algo que decir lo haremos por las vías habituales. Y eso es todo. Esto es la escena de un crimen, Montalvo. Ergo, espacio reservado para los cuerpos policiales.

«Vías habituales». O lo que era lo mismo: correo electrónico a la cuenta destinada a recibir notificaciones policiales que llegaba al departamento de notas de prensa y que derivarían a cualquier periodista de la redacción antes que a ella.

Aunque estuviera dando pie a una de esas listas de favores debidos, Rebeca se convirtió en su única esperanza. Le pidió que le rebotara cualquier correo de la policía que recibiera referente al caso. Estaba convencida de que cuando Diego se enterara de la importancia, haría lo indecible por apartarla de la noticia.

Con su fe puesta en ella, Julia emprendió su regreso a casa.

Pensó en hacerlo por la parte del puerto, esperando que el ruido del mar, o el del viento, le ayudara con sus síntomas de muerto andante que volvían a hacer acto de presencia. Lo único que encontró fue un calor abrasador que se sentía aún más húmedo en aquella zona. A la altura del Muelle de Tomás Heredia, una zona que apenas unos meses atrás albergaba una noria blanca de esas que servían de mirador como en todas las capitales europeas, decidió que callejear por espacios con mayor sombra le ayudarían a apaciguarse del calor.

Se adentró en las calles de un Soho que a esas horas empezaban a llenarse de un público de lo más variopinto en busca de cervezas y refrigerios creados para paladares que buscaban alejarse de cualquier marca comercial.

«Ya no bebo nunca más», se repitió. «Ya no vuelvo a salir más, de hecho», seguía pensando mientras atravesaba las calles del barrio de la cultura alternativa, ajena al olor del miedo, la ansiedad y el terror de los que se habían impregnado las paredes de aquellos edificios apenas algunas horas atrás.

Había conseguido dormir unas tres horas, y dormir más de dos horas seguidas era el récord de aquella semana. Tampoco es que lo hubiera sentido como un sueño reparador pero, a decir verdad, sus sueños ya nunca lo eran.

Llovía. Aún llovía. Y a juzgar por los nubarrones de color oscuro que parecían flotar en el cielo tampoco tenía esperanzas en que dejara de hacerlo.

El estridente ruido del timbre lo sacó de sus pensamientos. Pensó en hacerse el dormido y fingir no haberlo escuchado. Estaba seguro de que no esperaba a nadie, pero el timbre volvió a sonar algunos segundos más tarde, esta vez por más tiempo, y acompañado de un aporreo en la puerta.

—Andoni, ¿estás ahí? Andoni... ábreme, anda.

Solo una persona lo llamaba así y era la última a la que quería ver entonces.

—Andoni, *polita*, ábreme anda —continuaba mientras golpeaba la puerta una y otra vez. Por lo que fuera, la mujer estaba determinada a no marcharse hasta dar con él.

Andrés tenía la costumbre de dormir desnudo y de no haber sido por el reflejo en el cristal habría abierto la puerta de aquella manera.

—¡Un momento! —se disculpó mientras buscaba unos calzoncillos con los que cubrirse. Habría preferido recibirla con algo más de ropa, pero la mujer seguía aporreando la puerta y su paciencia no tenía mucho más recorrido.

—Buenas tardes, Lourdes. Debe ser que el mundo se está acabando y no había mejor momento que un sábado a estas horas —le respondió mientras abría la puerta haciendo visible la molestia que le suponía su visita.

La mujer se llevó las manos a la frente en un gesto de cubrir sus ojos.

—Ay, Andoni. No seas desagradable con tu vecina, *mutil*. Oyes, ¿qué pasa que tienes por costumbre abrir la puerta así o qué? A ver si te voy a tener que regalar un batín, majo.

Aunque nunca había sido carne de gimnasio, a sus cuarenta y tantos años, Andrés seguía manteniendo su cuerpo en forma.

—¿Qué quieres? —le preguntó intentando acabar con aquella conversación cuanto antes.

Lourdes Mendieta, la vecina del piso de abajo, era una de esas mujeres que sin hijos a quienes dejar a cargo, había terminado por vender las empresas de su difunto marido a una multinacional en una operación financiera que le habían permitido vivir con soltura el resto de los años que le quedaran por delante. Según le contó hacía ya bastantes años, su marido siempre había sido algo tacaño y se había esforzado por mantener un estilo de vida humilde a pesar de los millones que había ganado con sus *tejemanejes*, así los llamaba ella. Tras fallecer de un infarto y verse con el dinero, Lourdes se había prometido vivir sin renunciar a ningún lujo y terminó por comprar el apartamento a golpe de talonario.

—Pues no te creas que vengo por gusto, Andoni. Que yo tengo multitud de cosas por hacer, ieh!

—¡Genial! Pues nada, tú dirás. Acabamos pronto y así te puedes ir a hacerlas.

—¡Qué desagradable te has vuelto, Andoni! Con lo majo que tú eras... Bueno, a lo que iba. El jueves por la noche, pero noche-noche te digo eh, madrugada ya, estaba yo acabando la serie del *Nesflis* ese y no hacía más que escuchar golpes en la calle. *Pum, pum, pum*. Así como muy fuertes. Total que me asusté, salí *corriendo-corriendo* porque notaba cerca el ruido. Y nada más salir, iene! que no era en la calle, que era en tu puerta, Andoni. Un señor de esos que no son carteros pero que hacen eso que ahora llamáis *delivery*. Y nada, aquí estuvo en tu puerta *jo ta ke*, venga a dale al timbre, venga a aporrear la puerta. Y tú nada, que no le abrías. Ya al final me asusté y todo. ¡Qué insistencia! Que no paraba, oye.

—¿*Nesflis*? ¿*Delivery*? —preguntó sorprendido.

—Andoni, ¿me estás escuchando?

—Que no paraba. El del *delivery*. ¡Que no paraba, oye!— le respondió.

—Pues eso, que llegó un momento en el que me tocó las narices y miré desde abajo por aquí, por el hueco de la escalera y ya le dije que a ver qué quería. Que si no se había dado cuenta que no estabas en casa.

—Estuve en el estudio —se excusó.

Era mentira. Pero sonaba mejor que decirle que había estado vertiendo hasta la última gota de dignidad en aquel bar.

—¿De noche? *Ene*, Andoni, que hay que descansar, hombre. Bueno, allá *cuidaos* que tú ya eres mayorcito. Y a mí lo que *estarías* haciendo ni me viene ni me va, que yo no soy una correveidile de esas. Al caso. Él, que era importante. Y yo, que pues muy bien pero que no había nadie en casa, que dejara de darle a la puerta. Y él que si a qué hora volvías. Y yo que no lo sabía. Y él que era importante y le seguía dando a la puerta. ¡*Ene*, Jesús! Yo creo que es porque si no lo entregan no cobran, Andoni. A mí me da que debe ser por eso. Los de Correos sí, porque son funcionarios. Pero estos pobres, trabajan todos en unas condiciones malísimas. ¿Sabes que son autónomos? Pues si se ponen malos no pueden trabajar. Y todo el día en bicicleta. Pa'rrriba y pa'bajo. Eso lo sé yo porque lo vi el otro día en el programa ese de investigación que echan por la tele. Cada vez que los veo darle a los pedales, ime da una pena!...

»A lo que voy: que yo veía al chaval tan apurado con que no estuvieras que le dije que me dejara el paquete a mí. No por hacerte un favor, eh, no te creas, que tú conmigo eres muy desagradable. Pero para que se *callaría*, lo que fuera. ¡Jesús! Tanto ruido para un paquete tan pequeño. Pues hale —concluyó—, aquí lo tienes. Te lo iba a haber traído ayer pero resulta que la madre de Miren, la del gimnasio de abajo, celebraba el cumpleaños y, oye, no veas que celebración montó. Entre pitos y flautas salí de casa por la mañana y no llegué hasta bien pasada la tarde. Una ya no está para estos trotes y caí fulminada en la cama. No le digas a nadie, eh. Que te cuento como secreto.

La vecina le entregó un sobre negro de un tamaño algo más pequeño que el de una carta normal. Una pegatina casi más grande que el sobre cubría el dorso del envoltorio con una pequeña leyenda en la parte del remitente:

«Confidencial. Destruir en caso de entrega fallida».

—Ya me he *fijsau* yo en el mensajito ese. Pero, espérate, que cuando me lo dio me dijo «es cuestión de vida o muerte». ¡Cuestión de vida o muerte! ¡Ya no saben qué inventar para que se lo aceptes. Ya te he dicho que si no lo entregan no cobran.

»Bueno, pues eso, ya me dirás qué es —siguió— porque ahora ya me ha entrado curiosidad. Mucho no pesa y si lo mueves hace un ruido raro, así como *clin-clin*. Que no es que yo lo haya toqueteado ni nada, eh, no te creas que yo soy de esas—apeló.

Pero Lourdes era de esas.

Ella lo sabía y Andrés también.

—Pues *mila esker*, Lourdes. Y ya siento las molestias.

—Nada, Andoni. Para eso estamos los vecinos. Oye, ya me he fijado que todavía no has terminado la reforma. ¿La vas a acabar, te vas a mudar o qué vas a hacer? Tanto desorden no puede ser bueno para tu vida, eh. Hay un libro que me ha recomendado la de la carnicería que dice que hay que tirar todas las cosas para vivir en paz. Es de una china. O japonesa. Bueno, de por ahí, ya sabes. Que yo te entiendo eh, *Andoni*, que yo ya he *pasau* por eso...

—Agur, Lourdes.

Cerró la puerta no por descortesía sino por poner punto y final a una conversación que iba a virar hacia lo personal, una zona en la que no estaba dispuesto a entrar y mucho menos invitar a que alguien lo hiciera. Escuchó cómo la vecina respondía desde el otro lado de la puerta pero prefirió hacer oídos sordos.

Dejó el paquete sobre la mesa sin evitar pensar que, algún día, tendría que librarse de ella definitivamente.

Miró el sobre, confundido. No recordaba estar esperando nada. Su menté viajó a algunos años atrás cuando había recibido algo similar en una situación no muy diferente. Tanto entonces como en aquel momento, Andrés abrió el sobre con una inexplicable sensación de intranquilidad.

No había nota.

Tampoco mensaje.

Volcó el contenido sobre la mesa y durante el resto de la tarde se centró en intentar entender por qué alguien habría decidido enviarle aquellas extrañas monedas.